

Cuatro asedios a la poesía colombiana llegados desde distintos sitios en tiempos distintos

(Jaime Jaramillo Escobar: in memoriam)

Juan Esteban Villegas Restrepo

Docente Investigador Programa de Estudios Literarios UPB, juan.villegasr@upb.edu.co

*

Cursé toda la primaria y los dos primeros años del bachillerato en un colegio católico de Medellín que tenía como lema la expresión "Piedad y Letras". Allí, estoy seguro hoy, nunca hubo ni lo uno ni lo otro: la inseguridad —devenida crueldad— de la infancia y la adolescencia de un entorno cien por ciento masculino se mezclaba a diario con una noción de literatura que, viéndola ya en retrospectiva, se muestra encorsetada, anacrónica y, sobre todo, triste.

En el colegio esta doble ausencia adquirió cuerpo en una profesora cuarentona que utilizaba los suéteres grises de nuestros uniformes para amarrarnos a la silla y, una vez maniatados, proceder a leernos algunos de los versos compilados por Jesús María Ruano en su libro de 1925 *Resumen histórico-crítico de la literatura colombiana*. En palabras de Hubert Pöppel, el objetivo que se propuso este cura jesuita español en dicho libro

era que los alumnos de las escuelas secundarias, o sea la pequeña élite del país, se acercaran a una ocupación reflexiva con la literatura. Sin embargo, esta ocupación tenía una clara función integradora y estabilizadora del sistema y se movía en un marco filosófico neoescolástico asegurado.¹

En una época en la que nuestras mentes no pensaban en otra cosa que no fuera el Capitán Planeta, las revistas porno (sagazmente camufladas con la carátula del álbum de Chocولاتinas Jet), las bolas piponchas, petroleras, chinas, minibaby y trébol, el yo-yo de Coca-Cola y el Tamagotchi, Zulamita B. (así se llamaba la profesora en cuestión) recitaba, con la misma entonación angustiosa que utilizan las abuelas para rezar los Misterios dolorosos del Santo Rosario, los versos de los tres joses: Silva, Rivera y Rivas Groot.

Una imagen se recrea en mi mente mientras escribo esto: cuarenta y siete niños, todos peinados de lado y con sus troncos inmovilizados, recitan, de cara a un crucifijo, los siguientes versos de Miguel Rasch Isla, otro de los ungidos tanto por Ruano como por Zulamita:

Hoy sólo siento en mi interior aquella
vaga inquietud de niño que delira,
dormido en un jardín, como una estrella.²

Versos tras los que luego un compañerito del salón se atreve a preguntar sin obtener respuesta: "Profe, ¿y en la poesía de este país nadie baila ni se ríe? ¿No hay frutas ni ríos alegres? ¿No hay colores?"

Corrían los años noventa y Colombia, con ingenua petulancia, estrenaba no hacía mucho dizque una Constitución. En teoría, atrás quedaba la nación del siglo XIX, la del Concordato, los gramáticos y la pompa tribunicia. Pero con sus gustos poéticos y sus faros en asuntos de pedagogía literaria, Zulamita, que siempre vestía de terlete o satín, y que olía a menticol mezclado con pachulí y humedad de armario, era la ruina andante de ese mundo cansado y despótico que, estoy seguro, sigue palpitando en más de un colegio de la ciudad y el país.

Su nombre —me vine a enterar años después— es de origen hebreo (*shûlammîth*), y significa «la mansa» o «la pacífica».

*

Toda mi adolescencia transcurrió en los Estados Unidos, en una ciudad —Paterson, estado de New Jersey— con muros llenos de caries y calles atestadas de borrachos, condones usados, mariguaneeros, botellas de vidrio, latas de cerveza y señoras negras, árabes y boricuas que te saludan y sonrían solo porque es miércoles y el clima pinta bien. En

esa ciudad aprendí a soñar en inglés y a insultar en espanglish. Allí conocí la nieve, fui arrestado por primera vez y me enteré de una cosa llamada Nadaísmo.

Ocurrió así: cierta mañana, la señora Foster, mi profesora de inglés como segunda lengua en la escuela secundaria John F. Kennedy, nos pidió que investigásemos sobre Paterson. La idea era escoger un personaje, un tema, suceso o lugar histórico y hablar sobre ello en clase. Aprendí, haciendo esa tarea, que Paterson, con sus fábricas, sus famosos anarcosindicalistas italianos, sus magnánimas cataratas, en fin, con sus promesas de un mundo mejor, fue la que inspiró a William Carlos Williams en 1946 a escribir un poema épico homónimo que, para algunos, debe leerse como respuesta a *La tierra baldía* (1922) de T.S. Eliot, esto es, como un canto celebratorio y balsámico tras el trauma de la Segunda Guerra Mundial. Con esa tarea aprendí también que fue en Paterson en donde Allen Ginsberg, el *Beat*, vivió toda su infancia y gran parte de su juventud.

En mis pesquisas sobre los *Beat* supe de la existencia de movimientos y generaciones poéticas latinoamericanas, como el Tzantzismo ecuatoriano y el ya mencionado Nadaísmo colombiano, los cuales compartían afinidades poéticas, políticas y culturales con ellos. Fue así como me topé, por primera vez, con la figura de un tal Gonzalo Arango, Jotamario Arbeláez, Eduardo Escobar, Amílcar Osorio y Darío Lemos y de sus poemas, hoy para mí desastrosos pero auténticos, que tanto me acompañaron durante mis años de poeta puberto y pajizo. Mi obsesión con el Nadaísmo fue tal que, cada que un familiar viajaba a Estados Unidos a visitarme a mí y a mi familia, mi papá, con las limitaciones propias del que enseña español y literatura en un pueblo lejano y violento del nordeste antioqueño, se las ingeniaba para hacerme llegar, con mi abuela o mis tías maternas, fotocopias y recortes de periódico alusivos a dicho movimiento. En coherencia con mi caricaturesco furor juvenil, el que menos llamó mi atención fue el poeta que vestía de cachaco y trabajaba en una oficina.

Para un pela'o cuyo único acercamiento real y sincero a la literatura colombiana había sido la representación teatral, en quinto de primaria, de "En la diestra de Dios Padre" de don Tomás Carrasquilla; un pela'o que, aunque con suma dificultad, había leído a Nathaniel Hawthorne antes que a Jorge Isaacs y a Lucille Clifton antes que a Juan Manuel Roca, los poemas de esos jóvenes peludos y supuestamente rebeldes le mostraron que por debajo de la Medellín soporífera y provinciana de su infancia (la del catecismo en la Iglesia del parque de Belén, la de las idas a "El Ley", la del colegio Calasanz, la de las idas montar en bicicleta a la Villa de Aburrá), palpita otra Medellín, una que, con el permiso de don Ciro Alegría, se mostraba ahora ante sus ojos como "ancha y ajena".

Con cientos de errores gramaticales, pero haciendo gala de una soltura y una confianza que hoy, al dar mis clases, intento emular, en la presentación para la clase de la señora Foster hablé de Paterson y su literatura. Mencioné a Maria Mazziotti Gillan y su incansable labor como promotora de poesía en un municipio drogo, sucio y aterido. Mencioné a Nelson Algren y su breve pero fructífero paso por el oeste de la ciudad. Hablé obviamente de Ginsberg y de los demás poetas *Beat*. Terminé contándoles a mis compañeros bengalíes, dominicanos, turcos y sirios, como también a mi profesora, acerca de un lugar a 3 858 kilómetros de distancia en el que, por aquellos mismos años, había surgido un cúmulo de hombres, pero también mujeres (Dina Merlini, esto es para ti) que escribían poemas, leían a Sartre, cantaban y se besaban mientras se paseaban dizque por Junín, Boyacá, Palacé, la Plazuela de San Ignacio.

Supe, pues, de esa Medellín gracias a la tarea de esa mujer blanca, protestante, de baja estatura y uñas sin pintar que no fue capaz de pronunciar "Gonzalo Arango" y "Pablus Gallinazus" sin que en las /z/, fonéticamente agringadas, se adivinara el zumbido extasiado de la mosca que vuela sobre carne ligeramente descompuesta.

*

Proveniente de Medellín, ciudad en la que llevaba viviendo ya tres años, aterricé en el

¹ Hubert Pöppel, "La vanguardia literaria colombiana y sus detractores", *Estudios de literatura colombiana*, n.º 6 (2000): 43.

² José Miguel Rasch Isla, *Revista Universidad Pontificia Bolivariana*, n.º 19, vol. 69, (1953): 13.

³ X-504, *Los poemas de la ofensa*, (Tercer Mundo Editores, 1967), 80.

⁴ Enrique Yepes, *Oficios del goce. Poesía y debate cultural en Hispanoamérica (1960 - 2000)*, (Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2000), 119.

sur de los Estados Unidos el 12 de enero del 2017. Había llegado hasta allí en calidad de pasante doctoral de la Universidad de Antioquia, pero también como profesor invitado, durante todo el semestre, por el Departamento de Lenguas, Literaturas y Culturas Foráneas de la Universidad de Arkansas.

A la semana de mi arribo, enero veinte, tuvo lugar la posesión presidencial de Donald Trump. Era viernes y, con todo y el frío que hacía afuera, no quise quedarme en casa, así que terminé en un bar de la West Dickson Street de Fayetteville, ciudad en la que estaba ubicada la universidad y en la que había decidido instalarme.

Al llegar me senté en la barra y pedí una cerveza amarga. A mi derecha, el arquetypeo del vikingo rural nuca roja: un *man* barbado, de casi dos metros, con un tatuaje en su brazo izquierdo que, por más que echo cabeza, no logro recordar. Tomaba vodka y su cuerpo despedía un leve olor a vómito dulzón. A mi izquierda, uno peli-negro, no tan alto, con barba de candado y chaqueta de cuero. Todo él era un tarro de loción Brut. Lo suyo era el güisqui.

Parecíamos tres penitentes: los codos sobre la barra, las manos juntas, como quien ora. Para reforzar más aún la analogía, la pared de enfrente, con sus luces, estantes y cristales de vidrio, parecía un retablo de iglesia barroca. En el centro, sintonizando *Fox News*, yacía una enorme y luminosa pantalla en la que gesticulaba el nuevo mesías.

Durante los catorce años que viví en los Estados Unidos, el único referente que tenía del país había sido Paterson, una ciudad pobre y hostil, sin duda, pero en la que todos los migrantes, precisamente por sabernos migrantes, nos sentíamos a salvo. Tal vez por eso me tomó un rato entender el lenguaje aprobatorio violento de aquel recinto sureño. El mensaje era claro: yo no era uno de ellos. Con cada “*Yeah boy!*” de los allí presentes venía también un buche de trago y un “choque-esos-cinco”, gesto al que yo, en el medio, respondía rasgando la etiqueta de lo que para ese entonces era mi segunda cerveza. Fue tal el temor a

que advirtieran, ya borrachos, mi acento al hablar inglés, que me abstuve de pedir otra pola. Decidí pegar mejor pa'l rancho.

Una segunda y última imagen se me viene a la mente mientras escribo esto: cual Edward Hyde, encorvado, con las manos metidas por entre los bolsillos de un pesado abrigo, y mirando hacia atrás con la sensación de quien se siente perseguido, un joven camina rápidamente por un sendero mal iluminado y frondoso: se imagina tirado en una zanja, con el cráneo abierto a punta de batazos y bajo la mirada implacable de un par de tipos que, frenéticos, cantan el “Now this nation that I love has fallen under attack!” de Toby Keith.

Por aquel entonces trabajaba en el tercer capítulo de mi tesis doctoral, en el que examinaba los modos en que la poesía colombiana de la segunda mitad del siglo XX se acercaba al fenómeno del desplazamiento forzado. Allí se leen estos versos de Jaime Jaramillo Escobar, tomados de *Los poemas de la ofensa* (1967), más concretamente, de su poema “El callejón de los asesinos”:

Yo, asustado, continúo rápidamente, procurando no hacer ruido para que no me perciban, para evitar el asalto, hasta que me subo por un barranco y allí está la estación, solitaria en la noche, nadie aparece, no hay trenes, recorro las salas cuidadosamente, una mata me asusta con sus hojas anchas, voy a dar la vuelta cuando ¡zas!, el hombre, me lo encuentro a boca de jarro, detrás de una columna, me está esperando para matarme, tiene el cuchillo en la mano, me coge por la cabeza, en la ventanilla de los tiquetes no hay nadie, el asesino, tranquilo, me mira.³

Soy un tipo que se deleita con las coincidencias numerológicas: en ese mismo capítulo, página 120 (mes uno, día veinte), se lee la siguiente cita de Enrique Yepes: “[...] los nadaístas poetizan la extrañeza del recién emigrado frente al espacio ciudadano, en un intento por procesar su vivencia enajenada, extranjeros al espacio donde han crecido”.⁴

*

No hace mucho dicté un curso sobre poesía hispanoamericana. Una de mis estudiantes, conectada a clase desde un caluroso pueblo del suroeste antioqueño, me dijo que se alegraba de ver que

en la poesía colombiana hubiera frutas y colores y ríos alegres. También baile y risa. La estudiante no prendió su cámara ese día, pero su tono de voz me confirmaba que algo, después de todo, había cambiado. ■

